

## ÁNIMA NEGRA

POR PEDRO  
G. CUARTANGO

## LACERANTE VERDAD DE UN ASESINATO

Seicho Matsumoto denuncia en 'La chica Kyushu' (1961) la arbitrariedad del sistema judicial japonés y una oprimente desigualdad social

Japón ha sido la cuna de grandes cineastas reconocidos en todo el mundo como Kenji Mizoguchi, Yasuhiro Ozu y Akira Kurosawa, cuyas películas figuran en las preferencias de los cinéfilos. Resulta mucho más desconocida en Europa la saga de escritores japoneses de novela negra entre los que cabría citar a Ranpo Edogawa, Keigo Higashino, Akimitsu Takagi y Masako Togawa. Sobre todos ellos, se alza la figura de Seicho Matsumoto, un maestro del género, a la altura de Georges Simenon. No deja de resultar paradójico que, durante la II Guerra Mundial, la novela negra estuviera prohibida en Japón porque las autoridades consideraban que era una distracción decadente que mermaba los sentimientos patrióticos. Matsumoto, que trabajaba en el departamento de publicidad del 'Asahi Shimbun', el mayor periódico del país, se vio obligado a alistarse y fue enviado a Corea. Su sentimiento de rechazo al ejército se mantuvo durante toda la vida.

Al terminar el conflicto, Matsumoto volvió al periódico y se incorporó a la redacción. Allí comenzó a hacer reportajes y a publicar sus primeros libros. En 1956, dejó el periodismo para dedicarse a la literatura. Hay muy pocos casos de escritores tan prolíficos como él, autor de cientos de obras, la mayoría novelas, pero también ensayos de historia, arqueología y otras temáticas. Sus ideas estaban muy cercanas al socialismo, marcado por una intensa fobia al capitalismo americano y una pública

simpatía hacia el castrismo.

Nacido en 1909 en una humilde familia de la prefectura de Fukuoka, falleció en 1992 en Tokio. Durante unas protestas en 1960 contra la política estadounidense en el Pacífico, escribió una novela en la que denuncia una trama criminal de agentes secretos de la CIA para sabotear el movimiento obrero japonés y desinformar a la opinión pública. Un libro que suscitó una intensa polémica en el que mezclaba datos reales con su imaginación.

Se ha dicho que las obras de Matsumoto están impregnadas del nihilismo que sacudió Japón tras la derrota en 1945, pero también son una denuncia de la corrupción, la desigualdad social y el poder de las élites. Nada de esto es tan relevante como su agudo retrato de las costumbres y la mentalidad japonesa. Quien quiera conocer Japón tiene que leer a este autor. Matsumoto es el padre de media docena de novelas policíacas que deberían figurar en cualquier antología del género. Puede que la mejor sea 'La chica de Kyushu' (1961), una obra maestra editada en castellano por Libros del Asteroide. El desarrollo in crescendo de la narración, la caracterización de sus personajes y el ingenioso final ponen de relieve su enorme talento. La trama comienza cuando Kiriko Yanagida, una



Seicho Matsumoto // ABC

joven sin recursos, viaja a la isla de Kyushu para pedir a un famoso abogado que defienda a su hermano, acusado de asesinato. Está convencida de que es inocente y de que Kinzo Otsuka es el único que puede librarle de la pena de muerte. El jurista rechaza su petición porque Yanagida no puede pagar sus honorarios y hay otros casos que ocupan su atención. Tiempo después, recibe una carta de Kiriko que le informa de que su hermano ha muerto en la cárcel en la más absoluta desesperación.

Su defensa ha corrido a cargo de un abogado de oficio, que hizo mal su trabajo y fue incapaz de probar su inocencia. Otsuka, al que le remuerde la conciencia, decide investigar los hechos. Matsumoto relata el transcurso de las pesquisas del sagaz penalista, mientras avanza otra historia paralela. Es la de la venganza que ha planeado Yanagida durante muchos meses y que confluye en las últimas páginas con la investigación del abogado. Matsumoto enlaza de forma magistral las dos tramas, mientras hace un retrato durísimo del funcionamiento de una Justicia sólo al alcance de los ricos. Otsuka llega a la amarga conclusión tras constatar las deficiencias de un sistema judicial negligente.

## Movilidad social

La mayoría de los protagonistas de Matsumoto no son personajes épicos sino oficinistas, empleados anónimos o policías de bajo rango, atrapados por el sistema y que no encuentran posibilidades de promoción en una sociedad donde la movilidad social es ínfima. Su rechazo al 'establishment' entronca con la gran tradición de la novela negra americana del siglo XX, de

la que es deudor por su admiración por autores como Dashiell Hammett. Por encima de todo, Matsumoto era un adicto a la escritura y un hombre obsesionado por rebelarse contra unos valores que creía que habían llevado a Japón a su destrucción. Un museo evoca su trayectoria en Kitakyushu, su ciudad natal. Allí están sus manuscritos, cartas, fotografías y objetos personales que evocan la trayectoria de un escritor que hoy es tan venerado en su país como desconocido fuera. ■

## LA GRAPA

## Que mee muchos años más

Billy Wilder solía contar un chiste. Un anciano va al doctor y advierte al médico que no mea. El especialista le pregunta al viejo cuántos años tiene. Noventa, responde. Sentencia el galeno: ya ha meado usted bastante. Comedia: Mel Brooks va camino de cumplir cien años. Y está razonablemente bien. Ese hito cósmico celebra el documental en dos partes 'Mel Brooks: ¡el hombre de 99 años!' (HBOMax), dirigido por el monologuista y

cineasta Judd Apatow ('Virgen a los cuarenta', 'Lío embarazoso'). Apatow lleva varios años dedicándose a preservar la memoria de la comedia estadounidense: ha firmado los excelsos 'Los diarios zen de Garry Shandling' (HBOMax), 'El sueño americano de George Carlin' (HBOMax) y el delicioso mediodía 'Bob and Don: a love history' ('The New Yorker', disponible en Youtube), sobre la relación entre el cómico agresivo Don

Rickles y el cómico intelectual Bob Newhart. Pronto estrenará 'Paralyzed by hope: The Maria Bamford story', documental biográfico dedicado a la gran stand-up Maria Bamford. Como se cuenta en el metraje, la comedia siempre ha sido un género maltratado: sólo hace falta ver este año que Raúl Cimas no se ha llevado ni un premio a la mejor interpretación en serie por la segunda temporada de 'Poquita fe'. Eso sí: no ocurre lo mismo en la memoria de los espectadores. La risa se mantiene, indeleble, en nuestras cabezas. No se me olvida Marty Feldman - esos ojacos - mordiendo el bisón de una mujer en 'El jovencito Frankenstein'; ni

Gene Wilder -genio, genio, genio- agarrándose a su mantita en 'Los productores'; ni esos dulces apandadores de Sherwood cantando en 'Las locas, locas aventuras de Robin Hood'; ni el sheriff negro buscando blancas y encontrándose con el Ku Klux Klan en 'Sillas de montar calientes'; ni Rick Moranis de Darth Vader en 'Spaceballs'. Cuánto te quiero, puñetero Mel Brooks. Recordemos, además: nos regaló como productor 'El hombre elefante', de David Lynch, y 'La mosca', de David Cronenberg, dos obras maestras que facilitaron las carreras de esas dos bestias. En la imprescindible 'El hombre de 99' no sólo caben

sus logros artísticos, imágenes inolvidables y reflexiones atinadísimas alrededor del humor: veterano de la Segunda Guerra Mundial, marido de Anne Bancroft, amigo de Carl Reiner, padre de Max Brooks... Al cumplir su ancianidad, Miguel Delibes pronunció una frase tremenda: «Doy mi vida por vivida». Brooks se niega a detenerse: qué alegría saber del próximo rodaje de la segunda parte de 'Spaceballs' a cargo de Josh Gad. Querido Mel, ojalá mee muchos años más. ■

EDU  
GALÁN